



Manuela Martín de los Santos

**PREGÓN DE EXALTACIÓN
DE LA ROMERÍA EN HONOR
A NUESTRA SEÑORA
DE AGUAS SANTAS**

Villaverde del Río, 30 de abril de 2012





PRESENTACIÓN

«¡Ay, madre mía de Aguas Santas!
¿Qué te digo, madre mía?»,
pensé cuando me llamaste
pa pregonar este día.

¿Reconocerás mi voz
al alabarte en voz alta
o es que estás acostumbrada
a escuchar sólo a mi alma?

Hablar de Ti no precisa
ni prudencia ni templanza,
y he decidido venir
a decirte que te quiero,
madre mía de Aguas Santas.

A leer mi corazón,
a rezarte a voz en grito,
a explicarte que contigo,
mi vida tiene sentido.

A agradecerte que un día
Tú me dieras un lugar

donde yo fuera valiente,
Tú me dieras a Sevilla,
sin olvidar a mi gente,
a mi pueblo, a Villaverde,
y me dieras a tu hijo,
y me dieras una fe
que a mí me trajera a verte.

A agradecerte que Tú
nunca me dieras premura.
Yo te abracé cuando quise,
y en ese abrazo sentí
que aquél no era el primero,
que ya estuviste a mi lado
cuando aún yo ni sabía
que ya me habías abrazado.

Es por eso que hoy vengo
a rezarte en voz alta
y a pedirle al Señor
que bendiga mis labios
cada vez que pronuncie
ese nombre tan santo,
cada vez que refiera
esa historia sagrada,
cada vez que te diga,
«¡madre mía de Aguas Santas!»

Dicen que de lo que rebosa el corazón habla la boca —y mi corazón está lleno de amor a la Virgen de Aguas Santas—, pero el miedo ha sido un fiel compañero de viaje en esta maravillosa empresa de escribir a la Virgen. Me daba miedo manchar su nombre con palabras sencillas y torpes versos. «¡Qué atrevimiento!», he pensado más de una vez cuando escribía este pregón, cuando el temor acechaba, cuando dudaba de mí, de ser digna de este día. Entonces pensaba en Ella y como una niña aprendiendo a escribir empecé y

La Virgen me dio su pluma,
mi pueblo puso el papel,
y de tintero he usado
mi corazón y mi fe.

Permitidme, pues, que me dirija a la Virgen directamente desde mi corazón y aceptadme como una visitante que sube de puntillas a este atril que, al no pertenecerme, quiere hoy devolvérselo a sus verdaderos dueños —a mi pueblo, a Villaverde— y deciros que, aunque hable en primera persona porque sólo tengo un corazón, quiero ser vuestra voz al dirigirme a Ella, quiero hoy ser portadora de todos vuestros ruegos y alabanzas a la Virgen. Quisiera convertir mi pregón en vuestra oración.

DEDICATORIA

Siempre he pensado que si alguna vez hacía algo de lo que sentirme orgullosa, lo dedicaría a la memoria de alguien que compartió mi vida durante un tiempo y al que Dios llamó pronto; alguien que, desde su sabiduría y desde esa humildad que sólo tienen las personas grandes, fue para mí un gran maestro en la fe: a Juan Alba.

Y no quiero olvidar, al dirigirme a la Virgen, una realidad en la que me veo inmersa todos los días por mi trabajo: los desempleados y todas sus duras consecuencias.

Hay días que su dolor
me lo llevo hasta mi casa
y allí te pido por ellos,
madre mía de Aguas Santas.
Dales ilusión y fe,
que la ilusión abre puertas
y la fe mueve montañas.

A todos ellos les dedico hoy también este pregón.

SALUTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS

A Manolo, mi más sincero agradecimiento por una presentación en la que, además de tu gracia, sin duda ha brillado más

tu generosidad y el cariño que me tienes que mis merecimientos. El mejor filtro que un hombre puede tener para saber que es una buena persona es la admiración de sus hijos y yo conozco la que tus hijos te tienen. Gracias, Manolo, por tus palabras de hoy y por el pasado pregón y gracias por tu honradez al saber pregonar lo mismo desde este atril que en tu familia y en tu vida diaria.

Permitidme que me detenga un momento en unos agradecimientos que no puedo pasar por alto.

Al reverendo señor arcipreste, cura párroco y director espiritual de esta hermandad, D. José Francisco, sólo decirle que

No cabe más ilusión
en el cura de este pueblo;
cargado con su sonrisa,
él recibió un don de Dios.
No sé si algún día podremos
agradecer lo que haces
por la iglesia de tu pueblo.

A la junta de gobierno de la Hermandad de Nuestra Señora Santa María de Aguas Santas Coronada y a nuestro hermano mayor, Ricardo, mi más profundo agradecimiento por tu sensibilidad y tu valentía, al contar, por primera vez en la historia de la Hermandad de la Virgen, con mujeres que formen parte de su junta de gobierno. Sólo un hombre de fe como él sabe que no hay ni una sola referencia en las Escrituras, ni un solo resquicio, que haga relegar a las mujeres a un segundo plano; más bien al

contrario, siempre estaba Jesús rodeado de ellas y estuvieron presentes en los momentos más decisivos de su vida, no siendo así en religiones donde las esconden tras el velo de la vergüenza y la sumisión. Gracias, Ricardo, por actuar como un verdadero cristiano y apostar por tres mujeres que siempre han defendido su devoción a la Virgen como un estilo de vida.

Porque Ricardo sabía
que la Virgen de Aguas Santas
cantaría por alegrías
cuando su pueblo eligiera
por primera vez a sus hijas.

Y que la Virgen quería
que Concha le hiciera un traje
con hilvanes de cariño
y con hilos de oro fino,
pa vestirla de flamenca
y lucirlo en su camino.

Seguro que Beatriz,
al verla lucir tan guapa,
le lloraría como nadie
con un nudo en la garganta
y de sus lágrimas haría
zarcillitos de corales
pa regalarle a su Madre.

Y que mi amiga Aguas Santas,
mientras la Virgen cantaba,
seguro que se marcaba
un baile por sevillanas
y otro por bulerías;
que a flamencona y a artista
y a alegre y a buena gente
no le han *ganao* todavía.

Al señor hermano mayor y a la junta de gobierno de la
Hermandad Sacramental y Vera Cruz.

A la junta de gobierno del Grupo Parroquial Nuestra Señora
del Dulce Nombre Reina y Madre del Rosario.

Al señor presidente y a la junta directiva de Cáritas Parroquial,
gracias por la labor que hacéis, siempre necesaria y ahora impres-
cindible en los tiempos que corren; porque son muchas las fami-
lias que, literalmente, comen gracias a esta asociación de Cáritas
Parroquial.

Al señor presidente y a la junta directiva de la Asociación de
la Cabalgata de Reyes Magos, gracias por procurarnos tantas no-
ches mágicas, sacando a la calle a pasear cada año la ilusión de
todo un pueblo en forma de obras de arte.

A los anteriores pregoneros y pregoneras de ambas herman-
dades; que desde que empecé a escribir lo que hoy me toca, os

tengo todavía más admiración y respeto, porque ya sé de lo difícil y gratificante de esta encomienda.

A los antiguos hermanos mayores, camareras mayores de la Virgen y al Grupo Joven.

A los miembros de los distintos estamentos de nuestra parroquia.

A la corporación local del Ayuntamiento.

Al señor juez de paz.

A las autoridades civiles y militares.

Gracias a todas las personas que me han apoyado en este maravilloso proyecto, especialmente a mis amigos Rafael y Manuel por su inteligente disposición.

Gracias a Baldomero y José María Real por estar una vez más dispuestos a ayudar en todo lo referente a las tradiciones de su pueblo.

Gracias al coro parroquial y a los dos maestros del flamenco que hoy me acompañan a rezarle a la Virgen como mejor se puede hacer.

Hay dos personas de mi familia que, aunque no están físicamente, están más cercanos que todos porque los llevo en mi

corazón: mi hermano Gregorio, que por motivos de trabajo no ha podido permitirse estar aquí hoy y mi tía Magdalena, a la que esa enfermedad que hace olvidar no ha logrado arrancarle el recuerdo de su Virgen de Aguas Santas, a la que siempre tiene en la boca.

Amigos, ¿qué les digo a mis amigos?

A la Virgen le agradezco
que me diera a mis amigos,
muy diferentes personas,
distintos puntos de encuentro,
que saben ver lo que soy
y no ven lo que parezco;
amigos y compañeros
de otros sitios y de mi pueblo,
los que siempre están ahí
o tocan mi corazón
y se quedan un momento;
los que dicen que me quieren
o están sin decirme nada
y hablan con mi mirada.
A todos, uno por uno,
no me quedo sin decirles
que los quiero con el alma.

Y aprovechando que hablo
a la madre de las madres,
hoy le agradezco a la mía,
que siempre nos enseñara

tu verdad como doctrina.
La que navegó en tus aguas
y, luchando día a día,
siempre mirando tu faro,
pudo sacar adelante
el barco de su familia.

La que nos trajo a buen puerto
a mis hermanos y a mí
y postrándonos en tus plantas,
tanto amor pone en sus hijos,
tanta vida fue su ejemplo,
que hoy pensando en mis hermanos,
yo sólo se que daría
mi vida por todos ellos.

A mi hermana Magdalena,
la que acuné entre mis brazos
desde que una niña era,
que no se cómo te quiero,
si como hermana y amiga,
o es que me faltó parirte
pa quererte como hija.

Pero a quien Dios no da hijos,
dicen que les da sobrinos,
a los que hoy agradezco
ser la alegría de mi casa,
ser la salud de mi madre,

ser herencia compartida;
en ellos se desparrama
el amor de una familia
en cada una de sus ramas.

Y a mi abuela Magdalena,
que tantas veces nombraba
a su Virgen de Aguas Santas,
le tengo que agradecer
que de herencia nos dejara
su fortuna más preciada,
que esa Virgen de Aguas Santas
fuese ahora y para siempre,
patrona de nuestra casa.

TU NOMBRE

No podrías llamarte de mejor y más justa manera. Desde que te aparecieras al pastor Juan Bueno sobre una fuente que ha brotado y cuyo ruido le despierta, virgen y agua va todo junto. Hasta tres veces la separaron de aquel lugar y tres veces volvió a aparecer allí antes de ser llamada Aguas Santas. Ella quiso dejar claro desde un principio su nombre y su domicilio.

Su insistencia hizo que los preladados y notarios de la época, por orden del arzobispo de Sevilla, no la volvieran a mover de allí, pues era su voluntad permanecer sobre aquella fuente santa. Y se

levantó su ermita; la Virgen ya tenía casa: virgen, agua y santa, todo junto.

Entre los muchos personajes relacionados con la historia de la Virgen, siento predilección por tres de ellos. El primero, y principal en esta historia, fue el pastor al que se le aparece: Juan Bueno. ¿A quién si no iba a elegir mejor la Virgen que al alma humilde de un pastor? El segundo personaje es Fray Juan del Hierro, sacerdote de la Orden Franciscana que fundó el convento de Aguas Santas y que, siendo ministro general de la orden, quiso ser enterrado en el convento, a los pies de su madre y no en Roma como le correspondía. Y el tercero aparece tras una noche del 13 de enero de 1782, cuando se produjo un incendio en la iglesia del convento que la redujo a cenizas. Los frailes y todo el pueblo que acudieron a apagarlo no pudieron encontrar la imagen de la Virgen; y fue un ganadero de Villaverde llamado Juan de Cortiguera el que la encontró entre las ascuas. Entregándosela a un fraile, éste se la devolvió porque se quemaba, pero Juan la apretó contra su pecho sin quemarse. Tres personajes y los tres llamados Juan. Esto no es casualidad.

Viendo Jesús a los pies de la cruz a su madre y a Juan, su discípulo predilecto, junto a Ella, dijo a su madre: «Mujer, he aquí a tu hijo.» Luego dijo al discípulo: «He aquí a tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa».

¿Qué más grande y bello ejemplo de que en nuestra Madre de Aguas Santas se cumplió la palabra?

El primer Juan fue el origen, el nacimiento de la fe en la Virgen. El segundo es ejemplo de entrega y veneración a su figura y a su imagen hasta su muerte. Y el tercero el más bello relato de reafirmación en una fe que, creyéndola quizá perdida, al volverla a encontrar, se abraza a Ella sin miedo alguno.

Tres veces te vienes,
tres Juanes te guardan,
tres nombres ya tienes:
Madre, Agua y Santas.

Ya teníamos Madre, ahora habría que completar la familia. Y es cuando, a través de Ella Dios nos presenta a su hijo:

Y Jesús, enseguida que fue bautizado salió del agua. Y de repente se abrieron los cielos y una voz dijo: «Éste es mi único hijo, mi amado.»

Y de nuevo la palabra: después de haber sido bautizado en sus aguas es cuando Dios manifiesta que aquel hombre es su hijo.

Ella es el agua, el concepto mismo del origen de la fe en Jesucristo, el vientre que pare al Hijo de Dios. De sus entrañas nació ese hijo humano, niño. Y de las entrañas de sus aguas santas volvió a nacer convertido en el mismo Hijo de Dios.

Y de pila bautismal
Dios usó tu vientre santo
y proclamó a voz en grito:
«Éste es mi hijo, mi amado

y desde hoy os lo dejo;
que la Virgen de Aguas Santas
lo lleve *pa* siempre en brazos».

Y desde entonces la familia fue aumentando y de tanta admiración y amor a Ella, las madres empezaron a llamar a sus hijas con su nombre.

Los ángeles arquitectos
hicieron un acueducto
de Villaverde al Jordán
para que nunca faltara
agua para cristianar
en esa pila bendita
que fuera su fuente santa
pa bautizar a sus hijas
con el nombre de Aguas Santas.

En mi familia de seis hermanos, las tres mayores nacimos muy lejos de aquí, porque en aquella época nacer en otro país era simplemente nacer muy lejos; lejos de la raíz, del origen, lejos de la Virgen.

Otra imagen y país
nuestra vida apadrinaron.
¡Cómo hubiéramos querido
tenerte como madrina
y abrigarnos con tu manto!

Pero el verbo era volver, mi madre lo tenía claro. Y pasó el tiempo, y rezó y al final lo consiguió. Volvimos a nuestra tierra. Pero faltaba su nombre en mi casa. Y es que la Virgen tenía un plan. Iba a nacer su cuarta hija y esa niña iba a llevarlo. Así lo quiso la Virgen y así se lo hizo saber a mi madre cuando mi hermana vino al mundo un día ocho de septiembre. ¡Cualquiera le quitaba el nombre! Qué honor, poder decir: «Yo nací el día de la Virgen». La Virgen había hablado y le hizo este regalo a aquella villaverdera que esta vez parió en su tierra.

Por esto y otras cuantas cosas

Virgen mía de los míos,
historia de mi pasado;
hoy te ofrezco, madre mía,
el fruto de mi familia,
lo vivido, bueno y malo.

Y tu nombre se hizo nuestro.
Es tu nombre de Aguas Santas,
tantas veces pronunciado,
pura miel para mis labios.

Eres agua de mi vida,
eres el río de mi alma,
eres manantial de fe
y el mar donde yo descanso.

¿Qué sería de mi vida
sin tu nombre de Aguas Santas?

Tu nombre es movimiento.
Eres un río que no cesa.
Eres historia y presente.
Eres futuro y promesa.

¿Cómo no voy a quererte
si buscas mis movimientos
para estar siempre a mi vera?
Por mis recovecos entras
como el agua en una cueva
y me abrazas y me calmas
y, si me muevo, me esperas.

¿Cómo no voy a quererte
si siempre estás a mi vera;
si eres la sal de mi vida,
mi alegría, mi ilusión?
Siempre vienes sonriendo
como sonríen las olas
salpicándonos de amor.

Es tu nombre de Aguas Santas
puro bálsamo en mi playa,
que me acaricia la piel
y se adentra en mis entrañas.

Si con eso fuera poco,
porque el agua siempre es vida,
la tuya además es santa.

Eres santa peregrina
que vas buscando a tus hijos
por los caminos de Dios,
para meterlos en tus aguas
e, igual que hiciste conmigo,
bañarlos de puro amor.

FE

Si hoy estamos aquí reunidos es porque hace más de dos mil años, en Nazaret, la Virgen María pronunció la más simple y rotunda de las frases: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». A pesar de no entender completamente lo que iba a ocurrir y de las consecuencias que pudiera tener, aceptó la voluntad de Dios. No pidió ninguna señal para confirmar su fe porque siempre confió en Él. Sólo el amor en mayúsculas hace posible este sí sin reservas, porque no es posible el amor sin confianza, sin fe. Es, por tanto, la fe el origen de todo. Esta simple frase produjo la revolución más grande de Dios en el hombre. No hay revolución moral más difícil y posible que la vida y el ejemplo de la Virgen. Nosotros, que sabemos mirar a la Virgen de Aguas Santas como nadie, podemos ver como Ella dispersa la arrogancia del corazón y todos sus proyectos. Tanta luz derrama que hace

añicos nuestra soberbia humana y nuestro orgullo. Sólo rindiéndonos, dejando nuestro ser en Ella, podemos sentir su abrazo. Porque no hay fe sin obediencia, sin una entrega completa.

Y, una vez rendidos, no importa no haber tenido fe siempre; la Virgen no lleva cuentas del mal. Hay momentos en los que no creemos absolutamente en nada y nos preguntamos si valdrá la pena tanto esfuerzo; y entonces lo mejor es buscar un buen ejemplo y recordar que Jesús pasó por algo semejante para poder vivir la condición humana en toda su plenitud. «Aparta de mí este cáliz» dijo; también perdió el ánimo y el valor, pero nunca se detuvo. Si continuamos, si aún sin fe seguimos adelante, la fe terminará volviendo. Porque es en estos momentos cuando la Virgen está más cerca. La fe está inscrita en el mismo nombre de la Virgen, porque actúa como el agua y fluye entre los obstáculos que encuentra. Y, como el agua de un río, va adquiriendo la fuerza de los otros ríos que va encontrando hasta llegar al mar y, una vez allí, su poder es total porque ya no existen dudas ni miedos, sólo certeza.

Como la fuerza del agua,
en Ti reside la fe.
Jamás puede ser quebrada.
No hay espada ni martillo
que puedan hacer heridas
en unas Aguas tan Santas.

Y sólo siguiendo su ejemplo es posible una verdadera conversión social. Ella que, sabiendo al fin quién era —nada más y nada menos que la Madre de Dios—, quiso permanecer en su humilde

condición; puso fin a las etiquetas y al prestigio del mundo, arrojando de su trono a los poderosos y ensalzando a los que se humillan ante su grandeza. Dios no eligió a una poderosa reina de su tiempo para encarnarse, sino a una humilde chiquilla de un pueblo como el nuestro. Con su ejemplo, las categorías sociales desaparecen y volvemos a ser todos iguales ante los ojos de Dios. Y hasta una conversión económica se nos exige: «sacia a los hambrientos con alimentos deliciosos». Una sociedad no cristiana es insolidaria, en la que cada uno va a acaparar todo lo que pueda. Pero la fe en la Virgen es exigente en todos los detalles y nos exige también caridad. En estos tiempos que corren, en que poner la mesa se ha vuelto muy complicado para algunas familias, una verdadera sociedad cristiana es aquélla en la que cada uno necesita tener suficiente para poder dar. Porque cada carencia es una forma de presencia de Dios y sólo un corazón desprendido y generoso hace al hombre más digno.

Quisiera pedir por todos,
por los que no esperan nada,
por los que tienen muy poco,
a los que la fe no alcanza
a comprender lo que somos;
todos hermanos en Cristo,
hijos de la misma madre,
que todos somos iguales;
que la Virgen de Aguas Santas,
madre de todas las madres,
sufre cuando un hijo suyo

no comprende que en el cielo
no existen desigualdades.

No es la fe en la Virgen una fe blanda y no podemos despres-
tigarla dejándola sólo en el aplauso o los piropos. Cada vez que
sentamos la llamada de la Virgen desde la belleza de sus fiestas no
debemos ponernos ni una sola prenda de nuestras mejores galas,
ni una sola horquilla de nuestra flor, si antes no hemos limpiado
nuestro corazón. Porque la fe es como una estrella, cuya explosión
interior es la que permite su brillo.

A mí me enseñó mi madre
a quererte desde dentro,
como se debe querer;

A aplaudirte *to'los días*,
a rebuscar en mi fe
y situarte en mi centro;

A dejar que fueras faro
que iluminara mi alma
cuando estuviese perdida;

Y a venir a Villaverde
a decirte que te quiero
madre mía de Aguas Santas.

Pero cuando se lo digo
la Virgen también responde
y me exige y me reclama.

¿Cómo le digo a la Virgen
que la quiero más que a nadie,
si no quiero a mis hermanos
que caminan por sus calles?

La Virgen es exigente,
recuerda que es una madre;
y las madres exigen mucho;
y los hijos no escuchamos;
y ellas insisten e insisten
y no paran de intentarlo;

Y usan todas las formas
que tienen para enseñarnos
y nos quieren
y nos riñen;

Y si no nos enteramos
nos cruzamos con las piedras,
esas que amorosamente
nos va poniendo la vida
para que un día caigamos.

Y entonces es cuando Ella
nos ayuda a levantarnos;

y, si lo sabemos ver,
aquí es dónde está el Milagro:

Cuando miramos sus ojos
y nos levantan en brazos
que nos agarran con fuerza.

Y Tú, Virgen de Aguas Santas,
fuiste *pa* mí ese Milagro.

Gracias, madre, por querernos,
por conservar tu sonrisa
al poner sal en las lágrimas
para alegrarnos la vida.

Soy cristiana y me siento orgullosa de poder pregonarlo, pero la mayor manifestación de un pregón cristiano ocurrió en Villaverde durante el año pasado, con ocasión de los actos preparatorios que aquí se llevaron a cabo con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud. La Cruz de Cristo, esa cruz de madera que Juan Pablo II regalara a los jóvenes del mundo, estuvo en Villaverde. Y este pueblo fue Jerusalén por un día: nuestra fe se echó a la calle de manos de nuestro cura y de todos los jóvenes del pueblo. Ellos fueron ejemplo de valentía cristiana, de arrojo y de una alegría contagiosa. Nunca habíamos visto una cruz pasar de mano en mano sobre un coro de ángeles, que blandían banderas de todo el mundo y nos hicieron entender que la única bandera que unifica es la de la fe. Villaverde puede y sabe ser solidario y acogedor; ya lo demostraron con el recibimiento hecho a esos jóvenes de todas

partes del mundo. No podía ser otro pueblo el que acogiera a tantos jóvenes. Son muchos los que nos faltan, los que un día dejaron a sus familias con un dolor que no acierta el corazón a entender y al que sólo la fe le da sentido, porque ellos se convirtieron en ángeles y hacen posible este tipo de regalos.

Hubo un cónclave en el cielo
de ángeles villaverdaderos,
no podía ser otro sitio,
el que llevara su cruz.
Los jóvenes que se fueron
son los que esa cruz portaron
hasta traerla a su pueblo.
Con la amistad por bandera
y con la fe como lema,
qué vivencia inolvidable,
qué enseñanza más profunda
la de un montón de chavales.
No hizo falta cirineos,
que aquí te llevaban ángeles,
que demostraron al mundo
que hay cruces que nada pesan
cuando van de mano en mano
y es el amor quien sujeta.
Que hay que quitarse los miedos.
Que hay que sacarlos afuera.
Que hay que ser libre en la fe
con la alegría por bandera.

MI PUEBLO

No hay pregón ni pregonera que sea algo sin su pueblo, porque, cuando escribes, las palabras no suenan bien si no utilizas su acento, si no has *clavao* tus raíces en esa bendita mentalidad que es la mentalidad de pueblo, si no haces un retrato de lo que para ti son tu gente; y no es posible un fiel retrato de Villaverde si en él no aparece la Virgen de Aguas Santas, porque no es nada mi pueblo sin Ella; van unidos. Nuestra Señora Santa María de Aguas Santas es el nombre y el título de patrona de Villaverde del Río es ya su apellido completo.

Tu nombre lo escribió Dios
en las piedras del Convento
y de apellidos usó
el mismo que el de tu pueblo.

Eres chiquita en la tierra
y el cielo ya es menos cielo
desde que Dios diera un trozo
al pueblo villaverdero.

Escribir este pregón ha sido un camino de ida y vuelta a mi pueblo —porque no habría escrito nada sin él—, pero a la vez me he reencontrado con él tirando del hilo de la memoria hasta intentar llegar al origen de la fe popular, que por ser popular no es menos fe, ¡jojo! Es ese hilo conductor que, si no se rompe en ningún momento, lleva del pueblo a Dios.

Es esa fe popular la que hace en Villaverde nombrarla como titular de la hermandad que lleva su nombre, la que en 1960 hace que fuera nombrada con el título de alcaldesa perpetua y la que la corona canónicamente en 1979, convirtiéndola en reina. Es esa fe popular y esa devoción a la Virgen de Aguas Santas a lo largo de los siglos que, tratándola siempre de patrona, ha convencido a las más altas autoridades eclesiásticas para que sea nombrada como patrona de Villaverde del Río por derecho y por decreto. Es esa fe la que ha ido elevando a la Virgen hasta las mismas puertas del cielo, de manera que nuestro cura y nuestra hermandad sólo tengan que llamar a esa puerta. Ya la estaban esperando, ya estaba todo dispuesto para sentarla junto al Padre. Aguas Santas junto a Dios, ese nombre te han impuesto, el máximo galardón.

¡Cuánta devoción no habrá sido necesaria para que esto ocurra!
¡Cuánto amor no habrá sido demostrado! ¡Cuántas plegarias no
habrán subido al cielo en su nombre! ¡Cuántas ofrendas y cuantos
ruegos, a lo largo de la historia, no habrán salido de la boca y
del corazón villaverdero! ¡Cuántos vivos desde esta iglesia y desde
aquel Convento! ¡Y cuántos «¡madre mía de Aguas Santas!» desde
cualquier rincón de cualquier casa!

Por eso la Virgen, ese pasado 12 de febrero justo antes de recibir tan altos honores, no quiso olvidarse de su pueblo y esa mañana, quiso ponerse guapa. Vistió sus mejores galas y se bajó de su altar. Ese día no quiso paso, ni custodia, ni peana. Quiso hacerse Villaverde, bajar hasta nuestra altura, quiso hacerse más cercana. Quiso mirarnos a los ojos, quiso grabar tanto amor a fuego en su corazón, para ofrecérselo al Padre y decirle que no sube sola hasta

el cielo, que en sus plantas lleva siempre postrado a su pueblo. La vuelta a la iglesia bajo palio fue una alfombra hecha de flores de fe y los besos que recibías del más débil de tus hijos eran tus nardos. Y es así como quedó todo dispuesto para esa tarde en que te proclamaron con el título canónico, con carácter pontificio como patrona de Villaverde del Río. Y antes que tanto honor te otorgaran, no quisiste recibirlo sin el beso de tu pueblo; te pusiste en besasayas.

¿Qué es lo que tiene mi madre,
que me tiembla todo el cuerpo
cuando me acerco a besarla?

¿Será que de tan sagrada,
no quisiera profanar
esa divina distancia?

¿Será que de tan hermosa,
yo me deslumbre al mirarla?

¿Será, que por ser tan Santa,
es que no quiero mancharla
con el agua de mis lágrimas?

Por si aún no estabas cerca,
te han *colocao* junto a Dios,
madre, patrona y eterna.
Tantas santas en el mundo
y te ponen a su vera.

Qué es lo que tiene mi madre,
que hasta en Roma la conocen
y allí se prendan de Ella.

Pues la Santa Sede quiso
aceptar tal evidencia,
que la Virgen de Aguas Santas,
siempre la patrona nuestra,
ya es patrona por decreto,
ya es madre de todo el mundo,
ya es la honra de los cielos.

Aguas Santas junto a Dios,
no olvidemos ese nombre.
Que se entere el mundo entero,
que la Virgen de Aguas Santas
ya tiene un sitio en el cielo
sentada junto al Supremo.

¡Qué orgullo decir ahora
que eres villaverdero!

Todos los títulos los guarda la Virgen con amor y los enseña orgullosa como muestra del afecto que sus hijos le tienen. Pero también usa otros de muy alto rango protocolario y que cuida celosamente y hasta guarda por orden cronológico. El primero fue el de esclava del señor y el segundo el de madre. No se puede ser más humilde, más nada que una esclava. Y no hay amor

más grande que el de una madre, ni entrega más completa y más sincera.

Las nubes que te bajaron
desde el cielo hasta tu pueblo,
son esos reclinatorios
que se llevan nuestros ruegos,
por ser la madre del pueblo,
y ser la sierva del cielo.

No es baladí la fe popular. Es esa fe que es capaz de hacerle honores de reina a una simple esclava o a una madre como tantas. Y, por la misma necesidad humana que tenemos de sentir cerca a nuestras madres, su nombre y su imagen lo van inundando todo. La Virgen se hace cercana; quiere estar en cada momento y detalle, para que en esos días en que tenemos dificultades para buscarla nos la encontremos de golpe en cualquier azulejo al volver una esquina, en el nombre de una calle, en la foto que guardamos en la cartera, en el cuadro que bendice nuestra casa o en la medalla que guarda nuestra cabecera y nuestros sueños.

Y estos detalles, que de comunes y diarios se hacen familiares en Villaverde, se convierten en sublimes si estamos fuera. Yo que soy una mujer con suerte, no tengo un pueblo, sino dos: mi querida Sevilla y mi Villaverde de mi alma. Y Ella, como buena madre, no se olvida de sus hijos que vivimos fuera, y allí también nos regala estos detalles, estas presencias divinas. Como el que me hizo un día que vino a verme a la misma puerta de mi trabajo. Era uno de esos días en que el tiempo no te alcanza, cuando alzo la mirada un poco y a lo lejos, en la calle Virgen de Aguas Santas

esquina con República Argentina, me encuentro con un azulejo; y de pronto la vida, el tiempo, las prisas... todo se detuvo. Yo notaba que la gente me miraba... ¡Claro, es que empecé a hablar sola!

¡Ay, madre mía de Aguas Santas!
¿Qué haces ahí, madre mía?
¿Eres Tú?

Y cuando llegué a su altura, yo no sabía qué hacer. Tenía necesidad de parar a la gente y decirle:

«Pero ¡mira *pa* arriba, chiquilla!
¿*Ustedes* sabéis quién es?
Es la reina de los cielos,
que tiene foto en Sevilla.

Y me puse a hacerle fotos como una turista, fotos de todas posturas. ¡Y menos mal que era un azulejo! Y mientras, le iba hablando:

Sentí mi vida en tus ojos
cuando de pronto te vi.
¿Qué haces aquí, madre mía?
¿Has venido a verme a mí?

Sentí tu paz en mis venas
cuando, sin permiso previo,
te apareciste en mi escena.

¡Qué guapa estás, madre mía!
¡Cómo luces! ¿Quién te pinta?
Y la Virgen respondió:
«¿Quién crees tú, hija mía?»

¡Qué suerte la de la Virgen,
al contar con dos pintores
que hacen que sus azulejos
sean imagen de su gracia,
sean retratos andaluces
de su historia más cristiana!

¡Qué suerte de mis amigos:
tantas veces te han *pintao*
que deben soñar contigo!

Pero *pa* suerte la mía,
contar con manos amigas,
habiendo sido las mismas
que han *pintao* las de María.

Son muchos los rastros que la Virgen de Aguas Santas ha ido
dejando en la ciudad de Sevilla.

Cuentan los libros de historia,
que en la antigüedad venía
la madre de Villaverde
a Sevilla en romería.

El mismo río que le baña
el pueblo dónde nació,
le sirvió a Ella de sendero
para traerla hasta aquí...
o hasta allí,
porque no se donde estoy;
porque no se a quien más quiero,
si a Sevilla o a mi pueblo.

Este amor que dividido,
se multiplica por dos
cuando es en Ella
en quien pienso.

Soledad sufro al no verte
por mis calles de Sevilla;
que a mí me falta alegría
para seguir el combate
del diario de mis días,
si no te veo, madre mía.

Cuánto no daría yo
por *echá p'atrás* unos siglos,
y salir en romería
desde mi pueblo a Sevilla.

Y verte entrar por el arco
de tu hermana Macarena,
y fundirte en un abrazo

al darle las gracias a Ella
por cuidar bien algún hijo
villaverdero en su tierra.

Qué me gustaría seguirte
por la calle San Luis,
y llegar hasta San Marcos
y parar en Salvador,
y llevarte en procesión
a la iglesia catedral,
y allí verte presidir
Sevilla desde su altar.

Y a veces te pido tanto,
que por seguirte pidiendo,
yo voy a seguir soñando.

¿Por qué a la vuelta no paras
en mi barrio de Triana?
Vamos a cruzar el puente,
vamo a enseñarle a esta gente
la finura y la elegancia
de tu carreta de plata.

Tiemblo sólo con pensar
el encuentro entre dos santas:
la Esperanza de Triana
y mi Virgen de Aguas Santas.

Y sé que no es abusar
si te pido lo más grande,
que sé que Tú, como madre,
no lo vas a rechazar.

Vamos a ver a tu hijo,
que te espera en San Lorenzo,
a ese Señor de Sevilla,
que camino del calvario
quiere tu abrazo materno.

De vuelta a la Macarena,
el barrio que te vio entrar,
no quieres dejar Sevilla
sin ver al villaverdadero
que, enfermo en el hospital,
no permite que el dolor
se le convierta en quebranto.
Lo devuelve en alabanza,
al ver sentada a su vera
a esa bendita enfermera
que es la Virgen de Aguas Santas.

Cómo desean nuestros ojos
verte al volver cada calle,
cada plaza o cada esquina.
Gracias, madre, por mis sueños,
y por tu historia divina.

¡Sé siempre nuestro estandarte
de Villaverde en Sevilla!

Cualquier sitio es bueno para encontrarse con la Virgen, es verdad; pero hay lugares donde el encuentro es seguro y, éste, sin duda, es Villaverde. La Virgen es de pueblo, y es aquí en el suyo dónde mejor se expresa, porque Ella no es Virgen de balcones, sino de puertas abiertas de par en par, por las que aprovecha para entrar y salir como alguien de la familia cuando se la quiere y se la nombra como una más de las nuestras. Y le gusta hacerse calle y, en los días de diario, mezclarse con sus vecinas. Le gusta a lo que huele y a lo que sabe su pueblo,

ese olor a tierra, a pan, a iglesia,
a amigos, a tertulias y horas muertas,
a charla con las vecinas,
a *tomá* el fresco en las puertas,
a los juegos de los niños en la calle,
a colegio, a maestra,
a las manos de las madres,
al cariño, a las abuelas,
y, como a buena villaverdera
le gusta el olor a limpio,
ese olor que sólo tienen
la honradez y la decencia,
y la entrega y el cariño
de la gente de mi tierra.

¡Qué le gusta Villaverde
cuando se prepara en fiestas,
sus paredes blanqueadas
y sus casas bien abiertas!
Ese ocho de septiembre,
lleva las llaves del pueblo,
que son las llaves del cielo,
colgadas de su pechera.

Una ansiedad contenida
en mil aplausos estalla
cuando sales a tu puerta.
Un repique de campanas
nos revolotea el alma,
que no sé si son campanas
o es mi corazón que canta.

¡Qué señorío, qué elegancia
del pueblo cuando te aclama!
Aquí no hacen falta *guapas*,
aquí sólo respondemos,
con lagrimas en los ojos,
a esos villaverderos
que saben decirte vivas,
con cuyo permiso digo:
¡Viva la reina del cielo!

¡Viva la madre de Dios!,
¡La honra de nuestro pueblo!

¡Qué ilusión cuando tu niño
se encuentra con los chiquillos!
Las campanitas del paso
son las risas de tus hijos.
¿Quién no tiene en Villaverde,
de cuando uno era niño,
una foto con la Virgen
en esa calle Polvillo?

Y al de fuera explícale,
—que el que no sabe no ve,
y nadie nace sabiendo—
que va en Custodia de plata
porque esta noche ha salido
la reliquia de los cielos,
reliquia del corazón
del pueblo villavertero.

Que Ella no es *mu de salí*,
pero una vez que lo hace
se andurrea el pueblo entero.

Que habla con sus vecinas,
se para de casa en casa,
que hay veces que le reclaman:
*«que tas parao con cetana
y no has parao en mi casa».*

Y la Virgen, que es prudente,
pero cuando habla, habla,
le dice con mucha gracia:
«La misma distancia hay
desde tu puerta a mi casa».

Aunque no deja a la riña
ser la última palabra,
y le dice con cariño:
que no te enfades, *mujé*,
que tú eres de mis entrañas,
que tengo *cansao* a mi hijo
de pedirle por tu casa.

Le pido por *to* tus hijos,
por el que estudia y trabaja,
le pido por la mayor,
esa que han *dejao* parada.

Y la vecina que sabe
lo que la quiere su madre,
se le para el corazón
al verla dejar su calle.

Hay una calle en mi pueblo,
la más larga, la más ancha,
bendecida con su nombre,
avenida de Aguas Santas.

Dos ángeles la sostienen,
como muestra del cariño y el esmero
que la gente de esa calle
le tienen a su azulejo.

Allí nunca faltan flores
que refresquen la memoria
de todo villaverdadero,
que al pasar le rinde honores
con la señal de la cruz.

Y la guardan dos faroles,
pa iluminar su presencia
y *pa* servirnos de guía
en nuestras noches sin luz.

Paso a paso,
puerta a puerta
vas llegando.
Como fina jardinera
gota a gota
vas regando,
cada calle, cada casa;
vas cogiendo
y vas dejando.
Coges los ruegos de un pueblo,
dejas la calma en sus almas.

Qué eternidad del instante,
qué intimidad tan cercana
cuando te tengo delante.
Que el tiempo se me detenga,
que quiero hablar con mi madre
que está parada en mi puerta.
Puse mi vida en tus manos,
cara a cara, frente a frente,
y ese momento quedó
en mi alma para siempre.

Sube el niño del regazo
al oído de su madre,
en secreto, en confianza
y le dice susurrando:
«Mamá, no te entretengas tanto,
que quiero *tirá pa'l* Barrio,
que estoy oliendo a cohetes,
muestras de amor encendido,
a fuegos artificiales,
pasiones iluminadas
del cariño de mi gente,
nadie como el barrio sabe
rendirnos honores de reyes».

Y, empezando a amanecer
en esa Calle de en Medio,
latente es su sencillez,
serenidad de su imagen,

la perfección de su talla,
latente nuestros sentidos,
la pureza de su plata,
el perfume de sus flores,
latente nuestra custodia
alrededor de una madre
hasta seguirla a la gloria.

Cuando llegas a la plaza
al despertar la mañana,
el sol ya quiere salir
para llevarte a tu casa,
pa calentar a tu niño,
pa que se vea su cara
al dar las gracias al pueblo
que le ha *llevao* en volandas.

Y en el dintel de tu puerta,
esa puja no es dinero,
que es la tradición de un pueblo
cuantificando su amor;
corazón agradecido
de algún favor conseguido,
de una enfermedad sanada,
de la ofrenda de un dolor
de algún familiar querido.
Que no es amor subastado,
es un amor ofrecido
a nuestro mejor postor,

a la Virgen de Aguas Santas,
la reina y madre de Dios.

EL CONVENTO

Cuando llegue el mes de mayo,
vente conmigo al Convento,
que este camino no es largo,
que aquí se reza con fe,
pero se reza cantando,
y bailando sevillanas
sin perder jamás el paso.
Vente conmigo al Convento,
que aquí bailamos andando.

Que florezcan las adelfas,
que el romero ponga firme
a los naranjos en flor.
Viene la Madre de Dios,
la Madre Naturaleza,
en cuya escritura reza
«la dueña de *to* estas tierras»;
porque todo esto era estéril
hasta que Tú aparecieras.

Viene en carreta de plata
que corresponde a una reina;

viene bordada en un oro
que el mismo sol al mirarla
se hace una humilde candela.

Ella conoce el camino,
porque nació en esta tierra
y lo anduvo tantas veces
en su alma viajera
que conoce cada árbol,
cada piedra, cada senda.

Conoce a todos sus hijos,
sus alegrías y sus penas;
al que va a pie o a caballo,
o al que se queda sin verla.

¡Qué le gustan a la Virgen,
esos trajes de flamenca
que cosen sus costureras,
con esos hilos de amor,
y pespuntos de un cariño,
que son cuentas de un rosario
para que juegue su niño!

Que mi flor sea tu medalla;
que mi abanico, tu aliento;
mis lunares, tu rosario
pa que le reces cantando.
Que quiero que mis volantes

se conviertan en campanas de su ermita
y mi peina en campanario,
pa avisar al peregrino
que la Virgen va llegando.

¡Qué le gustan a su niño
un caballo y un sombrero!
¡Qué elegancia y qué hechuras
cuando esos caballos forman!
Que el jinete se descubra,
que mi madre ya va entrando
por el camino a la gloria,
y quiere darle las gracias
al caballista flamenco
que le ha *servío* de custodia,
que se ha *quitao* el sombrero
pa darle sombra a su niño,
y presentar su respeto
a la Virgen de Aguas Santas,
que es la dueña del Convento.

Vente conmigo al Convento,
que para alegría la nuestra,
al ver la Virgen bajar
por esa divina cuesta.
Cuando la tengas delante,
háblale como a una madre,
quírela como una hija,
como mi gente lo hace.

Que esa misa del Convento,
no es una misa cualquiera,
es la oración de un convento
en dónde no existen rejas.
Se celebra en un paraje
que huele a eucalipto y tierra,
un capricho natural
que a un ángel se le ocurriera
dejarlo aquí en esta senda,
porque el cielo estaba lleno
y no cabía tanta belleza.

Vente conmigo al Convento
y verás lo que es derroche,
derroche de sentimientos.
Es el requiebro del alma
bajo el son de un tamboril.
Es un rasgueo de guitarra,
y la alegría desbordada
de un baile por sevillanas.
Es un «ven a mi caseta».
Es la comida en familia
siempre con la mesa puesta.
Es el sabor de unos vinos.
Es el calor de una charla
y el abrazo de un amigo.
¡Vente conmigo al Convento,
y serás amigo nuestro!

Y en el camino de vuelta,
tu carreta se convierte
en divino resplandor,
que le hace sombra a la luna
y a un cielo *cuaiao* de estrellas,
que te dan la bienvenida
al pueblo donde salieras
para hacer camino recto,
un camino de ida y vuelta
que te ha *llevao* al paraíso
y ahora te devuelve al cielo,
que el cielo *pa* Ti es tu pueblo.

En Villaverde le damos
a cada cosa su tiempo,
que ese día sólo es un día;
como lo bueno en la vida,
empieza y luego termina.
Que es su estado natural
la precisión de su ritmo,
no queramos ampliar,
no pequemos por amor;
aprendamos del naranjo,
que entiende que el azahar
es sólo un paso fugaz,
para que el árbol de fruto,
y nos pueda alimentar.

Que no se pierda su esencia,
que siga siendo un secreto
«tanto *prepará pa* un día».
¡Ése es el día del Convento!

Siendo yo casi una niña,
con una fe muy inquieta,
siempre andaba preguntando
el cómo, el dónde y el cuándo.

Y la Virgen de Aguas Santas,
que ya tenía la respuesta,
quiso quedarse a mi lado.

El cuándo, *el día el Convento*,
el cómo, *vestía flamenca*,
y el dónde, siempre a tu vera.

Gracias, madre, por dejarme
agradecer la respuesta,
siendo este año en mi pueblo
una humilde pregonera.

He dicho.



Ars longa, vita brevis